

LA INCONCIENCIA DE LA HORA.

Un ambiente de inconciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y los hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarle el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos corrieron fue igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado, cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora, cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no se cansan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila más allá de

nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

Las conferencias de Washington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La Humanidad toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington porque abrigan la esperanza de que un choque producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que auguran el fracaso de las conferencias de Washington y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio.

Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den

cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera, pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría para malicia a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar ~~su~~ su error demasiado tarde.

La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias oscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro y a superar en pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos en llamar "Valle de lágrimas" a lo que tendrían que denominar los que sobrevivieran a la catástrofe: "Valle de sangre y de exterminio".

¡ Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz y aportadlo, noble y desinteresadamente en esta hora solemne que puede convertirse en trágica !

¡ Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los manes de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado y que se acepta, de la manera más solemne, que los derechos de todos los pueblos y de todos los hombres son iguales, y que sobre esas mismas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme !

Alvaro Obregón.

Diciembre 3 de 1921.